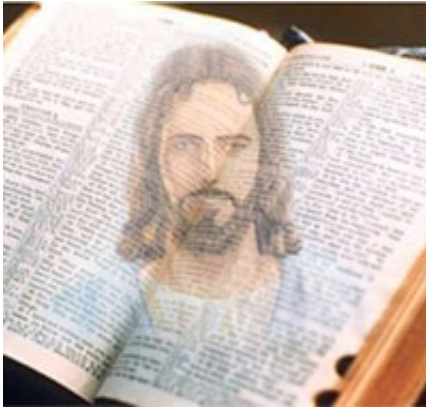




Existen dos esferas del conocimiento en las que hay que profundizar para lograr el crecimiento espiritual:

- Conocimiento de Dios
- conocimiento de Sí

La santidad consiste en la amistad con Dios. El crecimiento del conocimiento de sí es tan necesario para la vida espiritual como lo es el conocimiento de Dios. Es a la vez condición y efecto de ese conocimiento. Mientras más conocemos a Dios, más nos conocemos, y si hemos de conocer a Dios, tiene que haber algún conocimiento de sí.

El alma ha sido creada a imagen de Dios y no puede acercársele sin percibir qué distinta es de aquel a cuya imagen fue creada. Conocer a Dios es conocerse. No conocer a Dios es caminar en tinieblas y compararnos. Aquellos que se cierran a Dios completamente en sus vidas pueden vivir en una tonta, sino feliz, ignorancia del fracaso que son sus vidas.

No nos conocemos realmente

El no conocernos es un fracaso en sí pero hay algo más grave: el imaginarnos distintos de cómo y lo que somos.

¿Cómo es posible que nos ceguemos, con graves consecuencias, a aquello que es evidente a todos, excepto a nosotros mismos?

Hacemos juicios erróneos de nosotros mismos. Muchos de nosotros hemos sido confrontados en un defecto y lo hemos negado con indignación en el sincero convencimiento de que la acusación no es verdadera y es posible que posteriormente nos demos cuenta de nuestro error y veamos que la crítica era correcta.

La experiencia nos muestra que frecuentemente, el otro tiene la razón y

que, en muchos sacos, el hombre es el peor juez de sí mismo. Puede ser que tengamos un profundo conocimiento del temple moral del ser humano en general y a la vez ser profundamente ignorantes del propio. Vemos con ojos penetrantes los defectos de otros y esos mismos ojos se nublan cuando se tornan hacia dentro y examinan el propio ser. Más aún, hemos de recordar que el auto conocimiento poco tiene que ver con la astucia o la profundidad intelectual; es más bien un conocimiento primordialmente moral.

En esta era de gran conciencia de sí en la que pasamos mucho tiempo haciendo cosas para nosotros mismos, es sorprendente encontrarnos con tan poco conocimiento de sí.

Lo que no conocemos no nos permite acercarnos a Dios

Conocemos bien nuestro defecto dominante en el que hemos luchado a través de los años con coraje y concientes de la ayuda de Dios. Esas faltas son visibles, tangibles y las podemos combatir frente a frente.

Lo que no vemos lo impalpable, lo misterioso, paraliza hasta al más fuerte de los hombres. El miedo, las dudas, lo que no conozco, luchando con Dios, a quien deseo servir y de quien deseo asirme con todo el corazón. Otras veces la sequedad nos hace perder la esperanza.

El alma que despierta a Dios, despierta a la conciencia de su Ignorancia de sí y a la imposibilidad de lograr un avance significativo sin conocerse.

Es posible imaginar cualquier cosa cuando nos encontramos frente a frente en el hecho de que somos prácticamente unos desconocidos para nosotros mismo. Nos alarmamos cuando encontramos una intención, motivación o ambición y no podemos definir ni clasificar y que parece escondérsenos y eludirnos. Respetamos al hecho de que hay motivaciones que nos mueven y que no podemos analizar y que parecen haber ganado terreno y poder en el paso del tiempo aún cuando recientemente nos hayamos hecho concientes de su existencia.

Es en los momentos de recogimiento u oración que podemos reconocer nuestra naturaleza espiritual y encontrar la fuente de nuestros más grandes fracasos. A veces encontramos que, sin saberlo. Nosotros, un enemigo ha penetrado el alma, ha puesto ahí su tienda y ha usado su poder para lastimar al alma y deshonorar a Dios.

Estos momentos de introspección nos revelan de manera sorprendente lo poco que realmente sabemos de nuestra vida interior-cómo hemos crecido y nos hemos formado inconcientemente en quienes somos.

Nos sorprendemos de quienes somos realmente

En la medida en que avanzamos en la vida espiritual y en la práctica sistemática del examen de conciencia, muy frecuentemente nos sorprendemos con el descubrimiento de grandes caminos desconocidos en la vida del alma.

Encontramos cuevas, valles, cultivos, tierra abandonada, inexplorada. A veces, los ojos del alma se nublan y nos preguntamos si lo que vimos esa realidad o una fantasía.

La rutina de la vida nos limita y confina y la presión de la realidad de la vida son contundentes y aplastantes y nos obligan muchas veces a olvidar nuestros sueños y a cumplir en lo que el mundo nos demanda.

Sin embargo, aquel que ha echado un vistazo, aunque sea de su riquísima vida interior, no puede ser el mismo de antes. Ha de ser mejor, peor o tratar de olvidarlo. He visto que lejos de la existencia rutinaria, existe otra vida y no sabe dónde. Siente que tiene gran capacidad para al bien o el mal ha despertado, en trémulo asombro, el descubrimiento de que si vida va más allá de su conocimiento y es más grandioso de lo que alguna vez soñó.

El pecado y la santidad nos revelan a nosotros mismos

Aquellos vistazos llegan al hombre en el momento más inesperado y en circunstancias poco predecibles.

Ante un gran pecado o justo después de que ocurra, el espíritu se despierta y protesta y convence al hombre de que no es únicamente un animal y que tiene deseos espirituales de gran profundidad. Estos deseos son más reales que lo sensual y aparecen para enfrentarse al hombre que se encuentra en el camino de la ruina y le muestran una clara visión de las posibilidades que está dejando pasar.

Estos destellos de nostalgia espiritual, llevan al hombre a hacer o decir cosas que parecen irreales a quienes le conocen. Pero no son irreales, son despertares del alma que quieren llevarla a Dios.

El pecado ha sido una ocasión de levantar la bruma que le impedía ver la altura de la vida espiritual y el hombre se ha visto sorprendido ante las alturas y profundidades que jamás imaginó existieran.

El alma es capaz de un eterno crecimiento en amor y odio y se da cuenta de ello.

Las circunstancias cambiantes nos muestran que nos conocemos

A veces, cuando nos damos cuenta de lo poco que nos conocemos, nos damos cuenta también de que nos entendemos poco, y de lo distinto que somos de la idea que tenemos de nosotros mismo. Una ocasión maravillosa para percatarnos de lo anterior es el efecto que tiene en nosotros un cambio fuerte en las circunstancias de la propia vida.

El sufrimiento o el dolor no realizan estos cambios, los desarrollan o nos los revelan.

Imaginamos cómo seremos ante un evento o en determinada circunstancia, nuestras predicciones son frecuentemente erróneas. El efecto que tienen en nosotros es totalmente distinto al que esperábamos o temíamos.

Cuando nos encontramos en circunstancias diferentes a los habituales, nos percatamos de que somos muy distintos a los que creemos ser.

Nuevas faltas y fallas salen a la luz; nuevas virtudes para socorrernos; viejas tentaciones nos asaltan en nuevos terrenos y nos damos cuenta de que el mero cambio de circunstancias externas nos muestran que somos distintos de lo que creíamos ser.

Tejemos a la textura de nuestra vida muchas cosas que son realmente externas a ella y no separamos nuestro pensamiento de nuestra actividad. Caemos en la rutina y esto produce sus efectos; debemos estar particularmente atentas a caer en juzgarnos a nosotros mismos y a lo que nos rodea en una sola cosa. Tenemos que detectar dónde acaba lo externo y dónde empezamos nosotros.

Los cambios influyen en áreas de la personalidad que antes no había hecho concientes. El resultado es que el hombre no se reconoce; el efecto del cambio sorprende todos sus pronósticos y propósitos.

De tal manera, un gran cambio en la vida, particularmente de lo que ocurre alrededor de los 40-45 años, actúan como un agente de descubrimiento de disposiciones, defectos y hábitos de los que no somos concientes.

El conocimiento parcial nos ciega

El conocimiento parcial que tenemos de nosotros mismos nos impide profundizar en el mismo.

En casi todos nosotros, existen uno o dos defectos muy marcados y una multitud de estos no tan bien definidos pero reales.

Muchas veces la mente está obsorta en estos defectos marcados al punto de no profundizar y analizar lo más sutiles y delicados movimientos del alma.

En ocasiones, mientras la mente contempla y encuentra placer en lo que

parece desarrollo de una virtud bien definida, es inconsciente del trabajo callado y efectivo de una serie de vicios y pasiones menores que minan los cimientos de la misma virtud que acapare su atención. Esta virtud puede llegar a perderse y algo curioso ocurre en el alma. Esa virtud que tanto nos ocupó llega a existir como posesión muestra la imaginación al punto de soñar que la practicamos.

Si tuviésemos la costumbre de ir sondeando las profundidades de nuestra alma, de buscar aquellas cosas de nosotros que desconocemos, no ocurriría tal desastre.

El conocimiento parcial que satisface a tanto es en sí mismo un peligro muy serio. En algunas, la mente puede concentrarse como vimos en virtudes que le impiden ver el deterioro paulatino en otros campos. En otras cosas, no es una virtud, sino un pecado que ciega al alma y le impide un conocimiento profundo de su estado real. Un pecado grave absorbe la mente de tal manera que se torna incapaz de percibir el trabajo constante de sus potencialidades hacia una elevación de la vida moral, lo que debía llenarle de esperanza, como presagio de una victoria que se aproxima. O puede ser que no vea un deterioro paulatino de la vida interior.

Si siempre fijamos la vista en lo mismo, no percibimos que aunque parezca que ese pecado es estático, gradualmente provocará un debilitamiento general que nos impedirá resistirlo. El conocimiento de ese pecado particular nos cierra los ojos a un conocimiento profundo.

Hay una apariencia de autoconocimiento que nace del hecho de que la persona cree que sabe lo miserable que es, pero no hay nada más alejado de la realidad. No es capaz de saber lo malo que es excepto en este punto particular y no sabe lo bueno o malo que es en estos campos y si progresa o retrocede en la vida espiritual.

No podemos realizar es esfuerzo serio de embate al pecado hasta que no conozcamos realmente nuestras faltas.

El conocimiento de sí es más importante que el análisis de sí

El conocimiento de uno mismo no es necesariamente una consecuencia del análisis de sí. Podemos tener una gran capacidad de auto análisis y gran pericia en la dirección de nosotros mismos y no tener un conocimiento de sí proporcional de dicha capacidad o pericia.

La personalidad combina, matiza y armoniza las diversas partes de sí poniendo en relación a todos sus elementos.

La imagen que podemos formarnos de una persona es muy diversa a su realidad. Ese juicio previo tenía elementos verdaderos y falsos, era inarmónico y prejuiciado. Era una caricatura, después de conversar algún

tiempo con esa persona nos damos cuenta que muchos elementos componen su personalidad y no alguno o algunos de estos elementos.

Así el conocimiento de sí mismo es mucho más profundo y complejo que auto análisis; sin duda alguna, podemos tener un autoconocimiento muy profundo con poco auto análisis. Aquí hay que considerar una cosa muy sutil, el ser, que elude todo análisis.

Puedo conocer muchas cosas sobre mi mismo, puedo ser muy introspectivo y examinar detalladamente mi alma. A pesar de esto puedo también no ver el ser profundo que pone en marcha la maquinaria que he visto trabajando y que matiza o unifica los fragmentos de autoconocimiento que he logrado reunir.

Este tipo de autoconocimiento, así como el conocimiento que adquirimos a través del contacto con otras personas, es más moral que intelectual. Gran parte del auto examen se convierte en una conquista o carrera intelectual y no produce los resultados que se esperaría dado el trabajo y entusiasmo invertido en el mismo.

¿Cómo entonces llegar a la profundidad del ser?

Aprende a examinarte a la luz de Cristo.

Pocas son las personas que no se han sorprendido alguna vez por el poder de la revelación de su propio ser que llega a través de otros.

Frente algunos (nota de Alisos: Como Juan Pablo II a los Santos) entramos momentáneamente a la presencia de alguien cuya vida es una elocuente confrontación del tonote la propia vida; así mientras permanezco en la luz de esa presencia, siento a la vez lo que debo ser, lo puedo ser y lo que no he sido.

Al ver lo que podrá haber sido, veo lo que soy mientras más perfecta sea la vida que cruce mi camino, más clara y penetrante la luz que nunca mi alma. Toda la luz que otras vidas han derramado sobre nosotros palidece como tímidos destellos frente a aquella que emana de la presencia de Jesucristo... y la vida era la luz de los hombres (Jn. 1,4)... y en tu luz vemos la luz (Salmo 36,10) en toda su plenitud.

Nuestro auto examen degenera en un poco verdadera forma de auto análisis por que se realiza en las tinieblas. Podrá ser realizado en presencia de aquel que calma nuestros más nobles y perfectamente olvidados, ideales.

El auto examen no es algo abstracto; ha de ser la comparación de nosotros mismos en la más perfecta y motivante norma.

(Si analizo únicamente) conozco un hecho y puedo no mejorar e inclusive

tornarme indiferente a lo que reconozco con rutina. Lo otro (compararme con Jesucristo) es una experiencia espiritual que forzosamente y en virtud de ese conocimiento, mejora o empeora el alma.

(Ej. Qué distinto es saber que hoy me irrité 6 veces y ayer 5 y compararme a Jesucristo cuando fue golpeado por el sirviente del sumo sacerdote o cuando querían engañarle los fariseos o saduceos) El conocimiento obtenido en el primer caso es puramente intelectual; en el segundo caso, es una experiencia individual. Con la presencia de la paz imperturbable de Cristo, de su amor incansable, nos vemos y nos auto condenamos.

Si hemos de adquirir un verdadero autoconocimiento, nuestros exámenes de conciencia han de ser realizados en presencia de Jesucristo, con un conocimiento cada vez más profundo de su vida. Con exámenes, por pobre y miserable que sea la vida que revelan, no serán desesperantes ni nos estimulantes, con su gloriosa presencia no pueden quedar vestigios de soberbia menos aún de desesperanza. La revelación aumenta la esperanza u estimula a la acción.

Prueba tu autoconocimiento

El gran método para adquirir conocimiento de la naturaleza es la experimentación.

Estamos en esta vida para ser examinados. La respuesta que Dios escucha no es de los labios, sino la de la acción.

Este es el verdadero significado de la tentación. Cada tentación es una pregunta hecha al alma ¿Qué clase de criatura eres? ¿Amas a Dios o sigues tus pasiones? Cuando Dios permite la tentación como un medio por el cual nos manifestamos a su favor o en su contra, lo mejor que podemos hacer es hacer una experiencia para ganar en autoconocimiento.

Examínate en la acción

Ponte a prueba a lo largo del día para examinarte y observa las respuestas que te dan los hechos. Proponte, por ejemplo por la mañana mortificar la lengua X número de veces en el día. Creo que los resultados de unos cuantos días de esfuerzo para cumplir ese propósito te sorprenderán cuanto fallas y que débil eres con tu lengua.

No hay nada más fácil que imaginamos en situaciones ideales; no hay más despertar más brusco que los resultados que arroja el experimento. Un día de experimento en algunas regiones no exploradas de la vida espiritual resulta en un brusco pero sano despertar de los sueños erróneos que tenemos acerca de nosotros mismos.

Las respuestas que dichos experimentos arrojan nos convencen de la

verdad y muy frecuentemente son como huecos en las nubes que no nos permiten ver y así somos capaces de adquirir aproximado real de nuestra fortaleza y debilidad a la luz de estas experiencias, el examen es más serio y real; encontramos después de algunos meses que hemos cambiado poco a poco y que la mejor forma de describir el cambio es afinando que el auto examen ha dejado de ser el estudio de detalles para convertirse en el conocimiento de una persona. Los detalles de una vida han de ser, sin lugar a dudas, examinados, pero no como datos aislados: hemos de verlos como emanando de una persona viva. Los hechos examinados a la luz de la vida personal cambiar todo su sentido.

(Hay que ver los efectos de las cosas; más aún hay que ver los efectos a la luz de su causa)

La superficie de nuestras vidas de alguna manera se resquebraja y vemos el pulso de aquella misteriosa fuente de acción: el ser.